

MARIANA.—POR ENRIQUETA RAE.

su empeño temerario ni al-verla casada con el que le daba la mano de compañero y amigo.

Pero ya que no la precaución peligrosa de la mujer, el despecho, la envidia y el espíritu de venganza del amante egoísta y grosero iban á realizar la obra destructora de la paz del alma de Pedrales.

El segundo galán, inimitable en sus papeles de *tercero*, acarició sus proyectos diabólicos, y con fría serenidad vió que tenía por base segura la amistad confiada del marido, tanto más grande y ciega, cuanto más había contribuido á conquistarla el interesado empeño en lisonjearle uno y otro día en sus disparatadas pretensiones de artista escénico.

Los cómicos—los malos sobre todo—suelen tener tendencia á ver y hacer bien en la realidad lo que quizás no han visto ni hecho en las farsas teatrales, que á veces resultan suyas, hasta después de tenerlas olvidadas.

Para nada se acordaba de su papel de Yago nuestro endiablado cómico, cuando se lanzó á utilizar para sus planes tremendos á un galán joven muy guapo y muy pagado de su figura, y cuya debilidad consistía en hacerse pasar por conquistador de las mujeres de más difícil conquista, habiendo ya puesto en su lista de conquistadas señoras aristocráticas del abono, que *clavaban* en él los gemelos, según él decía, y le citaban en billetes perfumados.

El segundo galán se encontró andada la mitad del camino, porque el galancito joven, verdaderamente *alumbrado* por la Estrella desde su aparición en la compañía, se empeñaba en hacer creer á sus compañeros que él no era costal de paja para la primera actriz, y que se sentía muy capaz de robársela al director-empresario á los ocho días de casada.

Lo que es atrevido, lo era de verdad. Pero, al fin, se contentaba con las vanas apariencias de conquistador; y como en sus *apartes* con la Estrella jamás se permitía la más ligera de las insinuaciones amorosas del segundo galán, oía ella al seudo-Tenorio con la sonrisa en los labios, como á un lisonjeador cortesano de la belleza de la reina empresaria.

No se habían escapado á la observación del despechado y vengativo algunos movimientos de mal disimulada inquietud de Pedrales ante aquellas galanterías, y se decidió á estimular el amor propio del galancete, diciéndole que sería *un tonto* si no estrechase el asedio de aquella hermosa Estrella que, desde el mismo cielo, se le venía á los brazos.

Con eso y con aprovechar un instante de soledad y preocupación sería de Pedrales para invocar sus títulos de amistad antigua, y extremar su solicitud fraternal y su interés de médico del alma, abriendo con la sonda heridas aun no descubiertas, para que éstas fuesen enconándose, quedaban hechos los principales trabajos del infernador implacable del corazón de Pedro Pedrales. Éste hubiera arrojado mil veces de la compañía al galán joven, ó hubiera prevenido á su mujer seriamente. Pero le contuvo la idea del ridículo en que iba á aparecer con su celosa resolución primera ante la compañía, y del prestigio y la estimación que, con la segunda, podría perder al lado de la esposa cada día más adorada.

Y así pasó algún tiempo: el director y primer galán, taciturno, grave, preocupado, viendo la infidelidad en la actitud más sencilla de la esposa; ésta, oyendo inocentemente y con cara de risa las tonterías del galán joven, y achacando las preocupaciones del marido al maleamiento del negocio de empresa; el galán joven, soltando estúpida-

mente insinuaciones de su vanidad que comprometían á Teodora; las envidiosas de ésta, murmurando entre bastidores, y, en fin, el segundo galán desafiando el callado y soberano desprecio de la dama, y explotando siempre la estúpida debilidad del galán joven y la credulidad y la confianza creciente del primer actor desventurado.



¡HOMBRE AL AGUA!—CUADRO DE RUDAUX.

## V.

Estaba anunciada en el cartel una nueva representación de *Otelo*, en la que por primera vez haría el papel de Desdémona Teodora Estrella.

El público que ocupaba las localidades del teatro llevaba, en primer término, la curiosidad de ver á la hermosa actriz en la obra predilecta de Pedrales, cuyos *desplantes* trágico-cómicos habían ya servido de diversión á muchos señoritos graciosos, que le jaleaban y le aturdirían con aplausos en las situaciones más comprometidas.

En los dos primeros actos de la tragedia todos los espectadores se entregaron casi exclusivamente á la admiración de la hermosa figura de Desdémona. Puede decirse que los encantos irresistibles de la mujer dieron desde luego á la actriz un triunfo que no podía darle su carencia absoluta de buena educación artística.

Atentos á ella sola, muy pocos pudieron advertir un no sé qué extraño, fuera de la manera de ser escénica de Pedrales, que en su figura, en sus movimientos expresivos, en las inflexiones de su voz conmovida en presencia de Desdémona, ya antes de la escena del Tribunal de los Diez, ofrecía un Otelo nunca por él sentido, y que producía el asombro de los más satíricos detractores del cómico.

Llegó el acto tercero; el acto en que tan grande, tan profundo conocedor del corazón humano se nos presenta Shakespeare. Antes de levantarse el telón, Otelo vigilaba tenazmente á Desdémona y á Casio (el galán joven), mientras Yago (el segundo galán) acechaba como un tigre á su víctima, detrás de un bastidor de selva arrumbado contra la pared del fondo del escenario.

Ni el segundo galán ni Pedrales se daban cuenta, dominados por pasiones tan hondas, de que estaban haciendo fuera, en la realidad, aquello mismo á que les obligaba la ficción escénica. Puede decirse que en ellos la mentira y la verdad se confundían por fuerza muy superior á la de la magia del arte.

Ambos estuvieron asombrosos en la escena culminante de la sugestión terrible, y en aquel paroxismo cruelmente doloroso de los celos fué inmensa la ovación tributada á Pedrales, que, al concluir el acto, no acudió al llamamiento del público, ni oía los aplausos de fuera, ni las voces de dentro, ni resonaban en su corazón más que dos palabras que, no para el moro de Venecia, sino para el mísero Pedrales, se habían deslizado de los labios de su infame compañero en un *mutis* de Yago.

Dos palabras que revelaban algo sorprendido por la fiera vengativa en acecho. Para Teodora había llegado al escenario una carta anónima de un admirador de su hermosura, que á la vez insultaba al primer actor, rebajándole á los ojos de la actriz y de la esposa. Ésta la recibió estando pendiente de la voz preventiva del segundo apunte y, sin leerle, guardó el papel en el pecho cuando desde el escenario la sorprendía la mirada viva y centelleante del hipócrita, infernal interlocutor de Otelo.

Teodora no amaba á Pedrales; pero la estimación y la gratitud le bastaban para evitar á todo trance que conociese un anónimo que le vejaba cruelmente. Leyólo conmovida y, trémula y nerviosa, fué á quemarle en una de las bujías que iluminaban su cuarto.

En el momento en que la llama consumía el papel, Teodora se vió sorprendida por otro incendio: el de la mirada escudriñadora y fiera de Pedrales. Su misma buena fe la hizo estremecerse y aparecer como criminal á los ojos del marido, en los que por primera vez leyó la pasión callada y

terrible que le devoraba. La verdad honrada era ya para aquel hombre una infame mentira. El choque hubiera sido allí tremendo si la presencia del segundo apunte no hubiera arrastrado al fin maquinalmente á Desdémona y Otelo hacia el escenario.

## VI.

El público estaba verdadera y hondamente conmovido. En la figura de Desdémona se reflejaba la reciente sacudida de los nervios de Teodora, quien, con su flotante túnica blanca y suelta sobre los hombros la hermosa cabellera, fué al fin á acostarse sobre el damasco del lecho que, entre cortinas, se ocultaba allá en el fondo.

En la penumbra aparece Otelo sombrío, convulso, pero resuelto. Cada palabra de aquel terrible monólogo es una amenaza doble, porque en aquel lecho reposan dos víctimas.

Despierta la hermosa calumniada, y en la sentencia de Otelo parecen rugidos ininteligibles las palabras de piedad para el espíritu de Desdémona. Ésta, arrastrada por los féreos brazos del celoso verdugo, cae otra vez detrás del cortinaje, sobre el lecho, y se oye un terrible grito de agonía, tan verdad, que hiela la sangre de los engañados espectadores del principio del fin de la catástrofe.

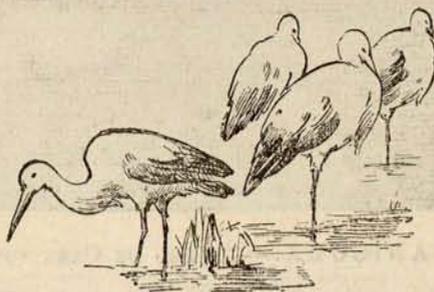
Aparece otra vez la figura de Otelo, de modo tan real descompuesta, que todos los personajes que van saliendo, evocados por el poeta, enmudecen.

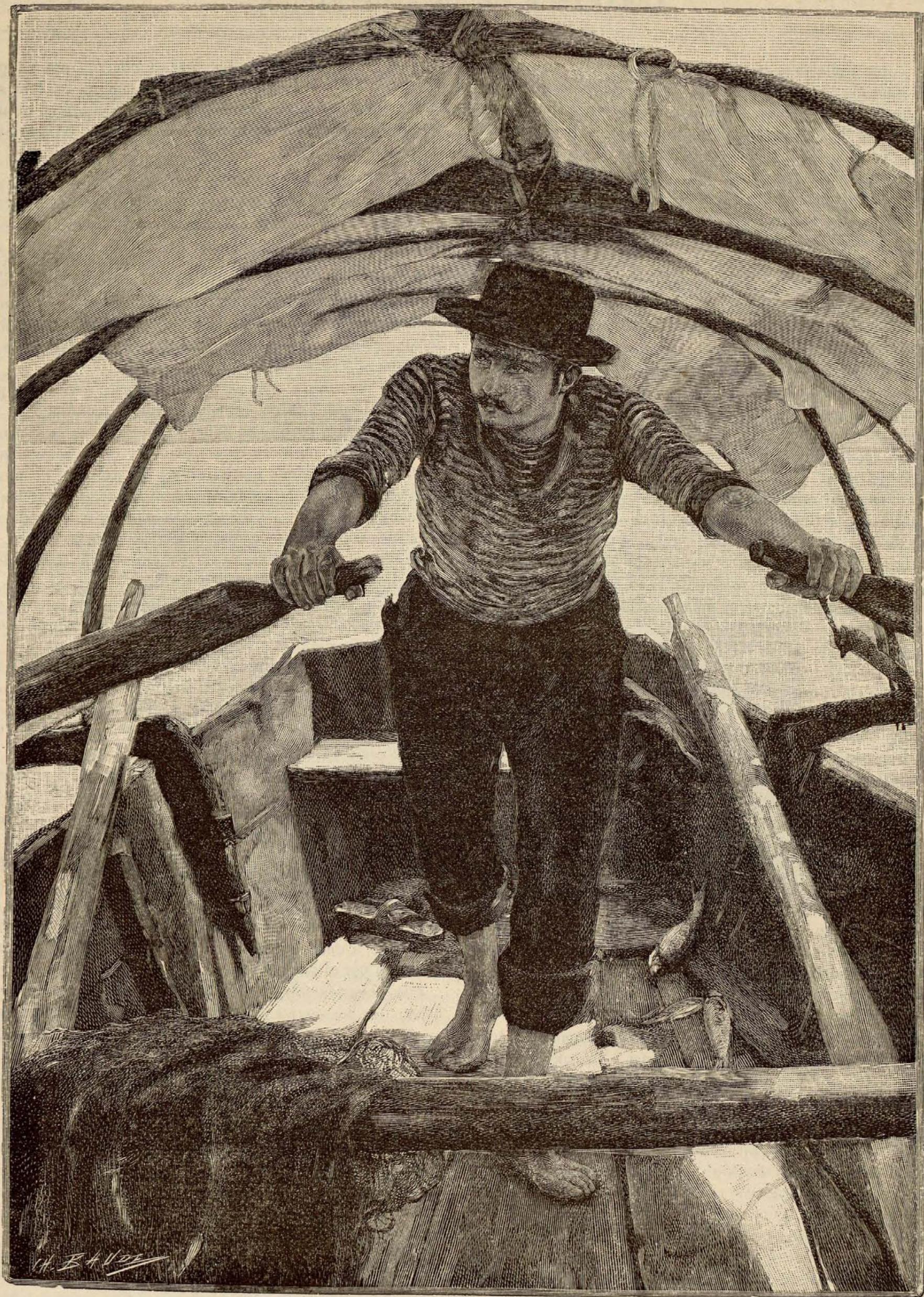
Ya no hay allí palabras. Todo aquel final queda reducido, transformado por la actitud verdaderamente aterradora de Pedrales, que tiene á su izquierda á sus compañeros, como petrificados por la sorpresa. Es obra de un segundo. Otelo da dos pasos vacilantes, lanza un gemido espantoso y, tras un golpe terrible con el cuchillo á que su mano se aferra, va, tambaleándose, á caer sobre la grada que conduce al lecho de Desdémona. Se oyó un grito desgarrador en el escenario, y cayó el telón pesadamente. Pocos espectadores advirtieron que allí faltaba algo; que Otelo moría ignorante de la inocencia de Desdémona.

El público no veía la sangre. Aplaudía entusiasmado, sin saber que aplaudía un doble crimen. Nadie tuvo dentro valor para salir á desengañarle, y al fin fué desfilando, conmovido aún por el terror trágico.

Poco después entraban en la escena un juez y un escribano; dos personajes nuevos, que iban á levantar dos cadáveres y á trazar en prosaica sumaria el epilogo del último Otelo del pobre Pedro Pedrales.

EDUARDO BUSTILLO.





EN LA CANÍCULA.—CUADRO DE CARL VON STTETEN.

París.—Salón del Campo de Marte, de 1894.

# BABEL Ó BABIA

Simular independencia  
 Como espejuelo de incautos,  
 Aunque se esgrima en la sombra  
 Como puñal de Damasco.  
 Entre lugares comunes,  
 Ninguno mejor reclamo  
 Que la crítica moderna,  
 Á pesar de sus fracasos,  
 De hoy batir lo que elevara  
 Ayer á punto dogmático.  
 Echárselas de purista  
 Quien ignora el castellano,  
 Y de original quien vive  
 De desperdicios extraños,  
 Y de vidente el miope,  
 Y de talentudo el gárrulo,  
 Y de humilde el buscarruidos,  
 Y de apóstol el sectario.  
 Dudar primero de todo,  
 Y después irlo negando,  
 Y acabar por lamentarse  
 De los sociales estragos,  
 De modo que el cocodrilo  
 Luzca dublé de filántropo.  
 Seguir los vicios y errores  
 Del vulgo, que al fin y al cabo  
 Paga bien al que le adula,  
 Y es de mártires ó santos  
 Lidiar uno contra muchos  
 Y morir sacrificado.  
 Juntar en torpe amasijo  
 Lo verdadero y lo falso,  
 Hermosura y fealdad,  
 Lo justo con lo tiránico,  
 Para mayor desconcierto  
 De un sensualismo alocado,  
 Tan calloso á los placeres  
 Cuanto á los dolores blando.  
 Vestir á la misma Venus  
 De repugnantes harapos,

Y no besarle la frente,  
 Sino olerle los zancajos.  
 Suponer—; necia porfía!—  
 Iguales cabeza y brazo,  
 Sin la natural concordia  
 Y equilibrio necesario,  
 Y que la tierra es el cielo,  
 Sin el purgatorio tránsito  
 Del ángel trocado en bestia  
 Por efecto del pecado;  
 Ó mirar—; torpe desquite!—  
 Arriba, en medio y abajo,  
 Nunca aurora, siempre noche,  
 Nunca armiño, siempre fango.  
 Alegrarse interiormente  
 De que ocurran á diario  
 Guerras, pestes, terremotos,  
 Inundaciones, naufragios,  
 Con algún que otro homicidio,  
 Explosión, incendio, rapto,  
 Y exagerar su negrura,  
 Y hasta publicar retratos  
 É historias de criminales,  
 Como de artistas ó sabios.  
 Encomiar lo que convenga,  
 Y lo que no, censurarlo,  
 Según mutuo compromiso  
 De amigos y paniaguados,  
 Y pretender la exclusiva  
 De dirigir el cotarro,  
 Sin temor á que progresen  
 Manicomios y cadalsos...  
 Tal será, Babel ó Babia,  
 El sistema literario  
 Del próximo siglo XX,  
 Reflejo de nuestro estado,  
 Á no remediarlo Dios,  
 Que puede algo más que el Diablo.

ABDÓN DE PAZ.



# CALIPARCO Y ELLAS

## I.

### EL INDIANO Y SUS HUÉSPEDES.

En Aramayona, en la calle de Ibargoya, cara al sol, con sus hermosos huertos que suben monte arriba y sus emparrados de moscateles que vienen monte abajo, se alza la casa de Caliparco el indiano, el tipo más famoso de nuestra tierra. Aunque su nombre parece griego, y griego es sin duda, no se llama Caliparco el tal personaje, sino Policarpo; pero los aldeanos vascongados, en su autonomía parlante, truecan á su gusto las sílabas y letras de los nombres castellanos, y en vez de decir Ignacio dicen Iñisio; y en vez de Domingo, Chomin; y en vez de Francisco, Paico; y Chilibistru en vez de Silvestre, por lo cual no entraron con eso de Policarpo y les pareció más fácil y suave y sonoro decir Caliparco. Y como á nadie se le llama allí por su apellido, sino, cual si todos fueran de una familia, por su nombre, nadie se acuerda de que Caliparco se apellida Mascariano y Tellemonte, de cuyas dos antiquísimas familias procede.

Muy joven, y sin despedirse de nadie, desapareció Caliparco de Aramayona, y al cabo de muchos años, después de muertos sus padres y parientes, y de vendida su casa, y olvidada su memoria, cuando sus paisanos y contemporáneos le creían enterrado, Dios sabe dónde, se presentó un día en Ibarra, con mucho dinero, veterano ya, canoso y bastante arrugado de cara, aunque muy estirado de chaleco y pechera, cadena de oro, chaquetón fino, botas de charol y gorbetín de raso con un alfiler y piedra clavada en él, verde como un sapo y grande como una castaña. Su aparición fué todo un acontecimiento, más sonado que el de la llegada de Carlos V al valle. Á nadie dijo de dónde venía, ni aun se ha logrado saberlo, y sólo sí se corrió al momento que había comprado la casa de sus padres y otras dos contiguas, que convirtió en huertas, y que hizo trabajar durante seis meses á canteros, albañiles y carpinteros, para conver-

tir su vivienda, no en un palacio, sino en una gloria, por las comodidades que ideó para disfrutarla.

Qué le habría pasado á Caliparco con las mujeres en América ó donde hubiera estado, cosa es que nadie ha sabido jamás; pero algo muy estupendo y terrible debió ser, cuando, al tomar posesión de su casa, ordenó que no entrase nunca en ella mujer alguna, ni amiga ni desconocida, ni aramayonesa ni forastera, cuyo proceder estaba muy en consonancia con la conducta que observó desde su llegada al valle; porque así como trató fraternalmente con sus vecinos y antiguos amigos, jamás devolvió el saludo, ni se aproximó á ninguna hembra, casada, ni soltera. Por todo lo cual, las mujeres decían que estaba loco, y los hombres.... también.

No tomó ama de gobierno, ni doncella, ni criada para su servicio, sino un cocinero joven y diestro, Ramón, que hizo venir de San Sebastián; y otro muchacho, «más chiquito que el grande», como decía él, que le sirviera de recadista y gobernador de los animales y de aprendiz de criado mayor, el cual se llamaba, y se llama, Ramonchu.

—En mi caserío—decía Caliparco, poniéndose muy serio—no hay, ni habrá nunca nada femenino, ¡nada! No tengo escopeta, sino fusil; ni mesa, sino escaño; ni cama, sino catre; ni ollas, sino pucheros; ni camisa, sino elástico; ni botas, sino zapatos; ni pipa, sino cigarros; ni jarra, sino acetre; ni botella, sino jarrro; ni cocina, sino fogón; ni chimenea, sino tubo; ni plata, sino oro; ni despensa, sino almacén; ni bodega, sino cuarto oscuro; ni biblioteca, sino estante; ni cuadra, sino corral; ni ventanas, sino balcones; ni aceras, sino empedrado; ni sombra, sino sol; ni política, sino egoísmo; ni fe, sino amor á Dios; ni alma, sino espíritu; y, en fin, no pruebo jamás el agua, sino el vino.

Además de los dos criados, Ramón y Ramonchu, no dejaba de tener bastante gente en casa, pero toda masculina, por supuesto, á saber: *Capitán*, un perro mastín; *Pocholo*, un burro de tres años, sobre el cual hacía sus excursiones; *Lesmes*, un gato negro, grande como un cordero; *Coloriñ* y *Co-*

*lorincho*, dos jilgueros, admirables cantores; *Charlembalde*, un loro magnífico que trajo de allá lejos; *Chistu*, un toro, profesor flautista; *Napoleón*, un cerdo blanco como la nieve y redondo como una pelota; *Dale*, un carnero con cuernos de cinco vueltas y cola de siete libras, y *Monseñor*, un lechuzo ó buho, más grave y serio que el puchero de la tinta.

Se hizo Caliparco con esta familia en sus expediciones por los montes y caseríos; y, conforme los fué metiendo en casa, les puso á cada uno su nombre, dándose tal maña para criarlos y asimilárselos á su persona, que parecía que todos los animaluchos tenían cabal conocimiento y que entendían cuanto les decía; logrando despertar tal afecto entre ellos, que vivían juntos y revueltos sin regañar ni ofenderse, y á menudo comían y dormían en montón á la sombra de los árboles del huerto. Según pudo observar su amo, que á fuerza de ser tan raro y estrambótico se había vuelto filósofo, aquellos dóciles animales parece como que hablaban entre sí, expresándose cada uno según sus medios propios y á medida de los recursos de sus menguadas mollerías. No había para ellos jaulas, ni establos, ni teguis, ni cadenas, ni ronzales, sino que se movían en la casa ó en sus cercanías con completa libertad, el perro, el gato y los pájaros dentro de ella, y el burro, el cerdo y el carnero rondándola siempre, por los lados de la galería baja, que da al huerto.

Á la hora de comer, en cuanto sentían el ruido de los platos que Ramón separaba del vasar para apilarlos en la mesa, poníanse en movimiento; y al sentarse Caliparco en su butaca de cuero labrado, *Charlembalde* se erguía agarrado al palo del respaldo; los *Coloriñes* se colocaban sobre los hombros de su amo; *Lesmes* ocupaba, con toda pulcritud, un espacio sobre el mantel; *Capitán* apoyaba su hocico en los muslos del señor; *Chistu* silbaba la bienvenida saltando de silla en silla; *Monseñor* entreabría perezosamente las pupilas, acurrucado en el fondo de una sombrerera tumbada sobre un armario; y desde fuera de la galería *Napoleón*, *Dale* y *Pocholo* asomaban el hocico hacia el comedor, gruñendo y soplando al través de los balaustres de hierro del antepecho. Para todos había un trozo de pan, una tajada de carne, un puñado de fruta, ó una cucharada de legumbres.

Y entre bocado y bocado y picotazo y picotazo, silbaban, trinaban, hablaban, maullaban, balaban, chillaban y gruñían, en tanto que Caliparco, silencioso, exclamaba para sus adentros, después de apurar algunos sorbos de Rioja y de mirar filosóficamente al cielo raso del comedor:

—¡Oh sublime y sencillo cuadro de la Naturaleza! ¡Nadie lo disfruta como yo! ¡Oh incomparable armonía animal y musical! ¡Quién te oye y atiende como yo te atiende y gozo! ¡Oh soberana y santa soledad, lejos de toda maldita hembra que me engañe y me domine! ¡Quién más feliz que yo!

Y empinaba otro par de veces el vaso de clarete, y volvía



UNA SARTA DE PERLAS.

á mirar al cielo; y á la postre se quedaba dormido, uniendo la armonía de sus estupendos ronquidos á la que, con su algarabía animal y musical, formaban sus huéspedes de pelo y pluma.

## II.

### FILOSOFÍA ANIMAL.

Es verdad que aquellos animales, á fuerza de tratarse, se entendían, y que, como agradecidos amigos de Caliparco, cuando hablaban maldecían de él sin reparo, seguros de que no habría traductor ó intérprete que delatara sus murmuraciones.

—Ya se durmió el amo—decía *Lesmes*, atusándose los bigotes;—¡pero hombre, y qué mal gusto tiene! ¿por qué ha de asar ó cocer la carne para comerla, cuando sabe tan rica cruda?

—Lo asqueroso es comer carne, ni cruda ni cocida—objetaba *Dale* desde fuera—cuando el amo podía estar tan gordo con una buena ensalada diaria de verde, como yo lo estoy.

—¿Qué sabes tú de eso, cornelio?—añadía *Coloriñ*;—la carne y los garbanzos crudos no se pueden mascar.

—Pero podía comer tan sólo guindas y cerezas y uvas y moscas, que no necesitan cocinero—exclamaba *Chistu* ahuecándose con el pico los faldones del frac.

—De todo hay que comer, señores; crudo, cocido, frío ó caliente; ¡de todo, de todo, de todo, porque todo es muy rico, muy rico, muy rico!—decía *Charlembalde*, gritando como un energúmeno.

—Tienes razón, hermoso; ¡eso, eso, eso, eso!—añadía *Napoleón*, con voz de sochantre;—lo que sobran son los tenedores y las cucharas y el mantel, que estorban para comer; todo lo demás, revuelto, revuelto, revuelto, ¡qué rico, qué gusto, qué rico, qué sabroso, qué jugoso y qué mantecoso!

—¡Cómo se conoce que sois buenos tragadores progresistas, tú *Napoleón* y *Charlembalde*!—exclamó *Monseñor* desde lo alto del armario.

—¡Quién habló!—repuso *Charlembalde*—¡quién habló! ese tuno reaccionario, tragamoscas, cógelas á obscuras y máta-las callando; ¡feo, feo, feo!

—¡Orden, caballeros!—gritó *Capitán*;—orden, que vais á despertar al amo.

—¡Cállate tú, pastelero!—contestó *Chistu*;—tú, que no sabes más que andar pegado á los faldones del que manda y besarle la mano. Dí, *Lesmes*, ¿qué tal te va con la novia? Ya te he visto esta mañana muy temprano corriendo tras de ella por los tejados. Es una gata muy guapa, pero muy coqueta; lo menos tiene cinco novios en esta calle.

—¿Y á ti qué te importa, silbante? ¿No andas tú también entre las ramas de los cerezos y de los avellanos detrás de la torda? Y esa sinvergüenza ¿cuántos novios tiene?—repuso *Lesmes* muy enfurecido.

—¡Qué escándalo!—gritó *Monseñor*;—¡qué conversaciones tan obscenas! ¡parecéis unos cerdos!

—Pido la palabra—exclamó *Napoleón*.

—La tiene su señoría—contestó *Charlembalde*.

—Muy pocas he de pronunciar, con motivo de la alusión personal que se me ha dirigido. Señores, eso de tener novia es muy común....

—¡Que se escriban esas palabras incultas!—chilló *Monseñor*.

—¡El inculto eres tú, chupalámparas!—objetó *Chistu*, dando después un silbido tremendo.

—Decía, caballeros, que el tener novia—prosiguió *Napoleón*—es muy natural: *Capitán* las persigue por todas las calles; *Lesmes* por todos los tejados; *Coloriñ* y *Colorinchu* por entre los cardos y los matorrales; *Charlembalde* se la dejó en las Américas y siempre la está llamando; *Chistu* es un tenorio de las huertas y de los montes; *Dale* piensa hacer una escapatoria en cuanto pase un rebaño, y *Monseñor* el hipócrita se mete de noche por todas las rendijas de los desvanes y campanarios. Yo, ¿qué he de decir? ¡pobre de mí!, que estoy triste y que me voy quedando como un hilo, desde que vi un día pasar por la cañada de enfrente á la cerda del molino: ¡qué guapa! ¡qué gorda! ¡qué rica!....

—Y *Pocholo* ¿no tiene novia?—preguntó *Lesmes*.

*Pocholo* siguió callado, rascándose las nalgas contra los balaustres de la galería.

—*Pocholo* no habla, señores—añadió *Chistu*;—y porque no habla, y porque siempre está tan serio y meditabundo, tiene fama de sabio, aunque en realidad no sea más que un burro. Como ése hay muchos en el mundo.

—Y el amo ¿tiene novia?—dijo *Dale*.

—¡Aquí no se puede discutir la persona del amo!—exclamó *Capitán* enseñando los dientes.

—¡Fuera, fuera ese tío perro, pastelero!—exclamaron á un tiempo *Lesmes*, *Charlembalde*, *Chistu*, *Monseñor*, *Coloriñ*, *Napoleón* y *Dale*.

Al contemplar aquella insurrección, acometió *Capitán* á mordiscos contra todos los contertulios que había en el comedor, los cuales volando y saltando huyeron á la huerta; y al brincar tras de ellos, mientras *Napoleón* corría dando gruñidos, se encontró frente á frente con *Dale*, de quien recibió dos tremendos topetazos en la panza. Hubiera continuado la batalla entre ellos á no ponerse por medio *Pocholo*, el cual dijo gravemente:

—¡Paz, caballeros! ¡no os perdáis por tan poca cosa! Tú,

*Capitán*, vuélvete al comedor; y tú, *Dale*, vete á dormir allá abajo á la sombra.

—¿Y á ti, so burro, quién te mete á juez de paz?—contestó *Dale*, disponiéndose á asestar un colosal topetazo á *Pocholo*.

Pero éste, comprendiendo los propósitos del cornudo, se volvió de popa y le soltó un par de coces, que hicieron rodar como una pelota al testarudo camorrista.

Al ruido ocasionado por la escapatoria y algarabía de los bichos se despertó *Caliparco*, y asomándose á la galería, cuando la contienda terminaba, exclamó:

—¡Qué pacífica y alegremente viven estos animales! ¡Oh sublimes cuadros de la Naturaleza! ¡Quién más feliz que yo! ¡Bendita y santa soledad, con tan inocente y rústica compañía!

### III.

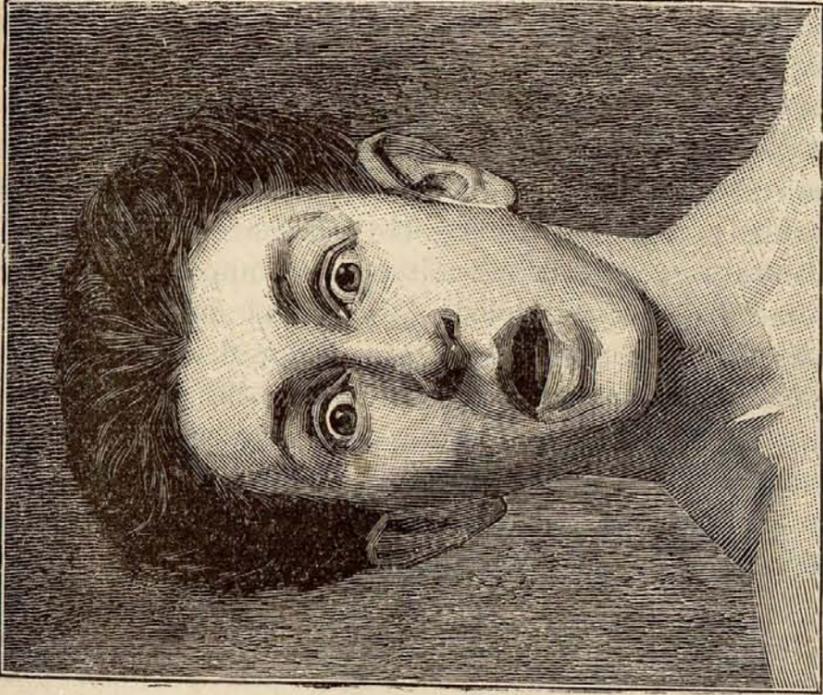
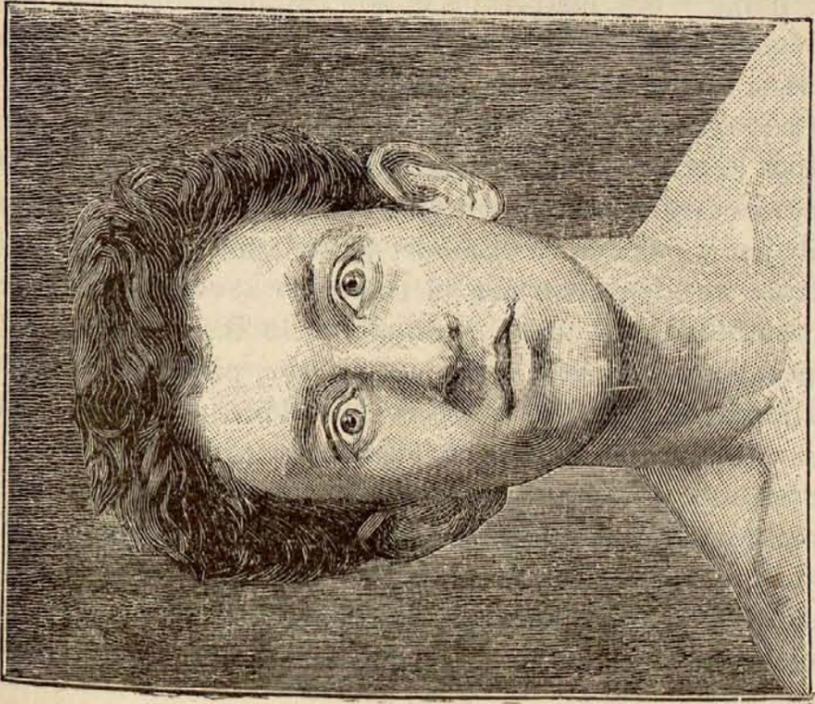
#### NUBES EN EL DESIERTO.

Vulgar de sobra es el repetir que no hay felicidad completa, y *Caliparco*, á pesar de sus optimismos, podía asegurarlo, porque, de cuando en cuando, venían algunas nubecillas á obscurecer la suya y hacerle rabiarse soberanamente. No había en aquellos tiempos un ferrocarril cercano, ni coche diario ni alterno á *Vitoria*, y era preciso encargar los recados á un *ordinario*, que á la sazón era *ordinaria*, y que con dos ó tres borriquillos por todo tren, iba y venía tres veces cada semana á la capital. La ordinaria era una moza, ó cosa así, que vivía cerca de *Cruceta* en una casa-taberna que había hecho construir, y donde tenía su centro de operaciones mercantiles librecambistas, que le producían muy buenos cuartos. Llamábanla *la Licorrera*, por ser nieta de otra comerciante famosa que hubo en *Villarreal*, que vendía aguardiente de caña, anisado, rosoli, mistela y toda casta de licores más ó menos raspantes. Á nadie se le ocurrió llamarla licorista, y de la nomenclatura rústica y espontánea de aquella gente, salió la denominación de *Licorrera*. Murió la primitiva, que fué también ordinaria de *Vitoria* á *Villarreal* y *Ochandiano*; murió la hija, que desempeñó la misma profesión, y quedó la nieta, sucesora de la rama directa, con su comercio, sus borricos y sus licores. Era alta, garrida, huesuda y hombruna, y aunque tuvo diversos novios, más ó menos verdaderos, por amor al dominio personal y á la independencia no se decidió nunca á casarse. Conocía á todo el mundo en la comarca; hacía fielmente los recados que se le encargaban, y entraba en todas las casas y caseríos con la misma autoridad y confianza que en la suya.

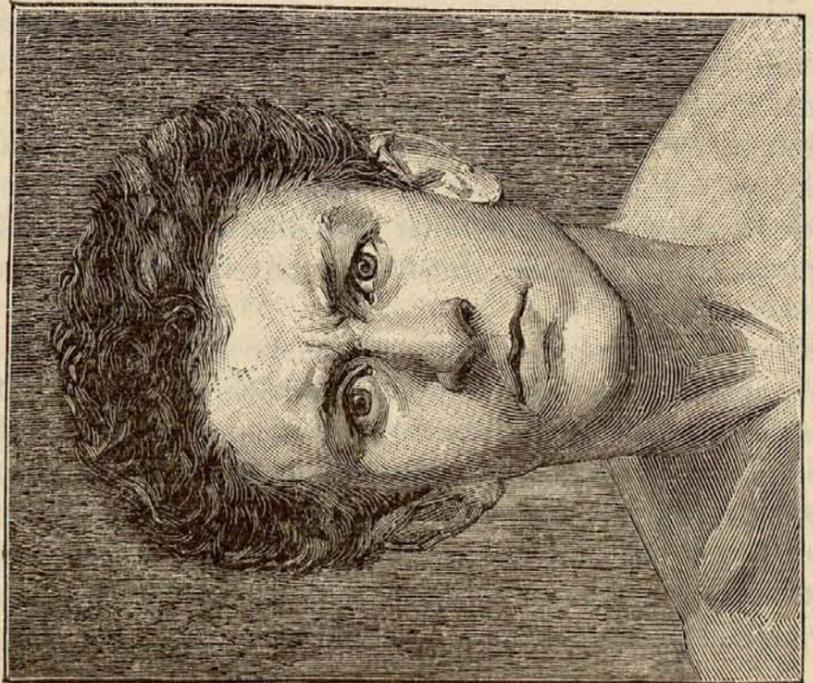
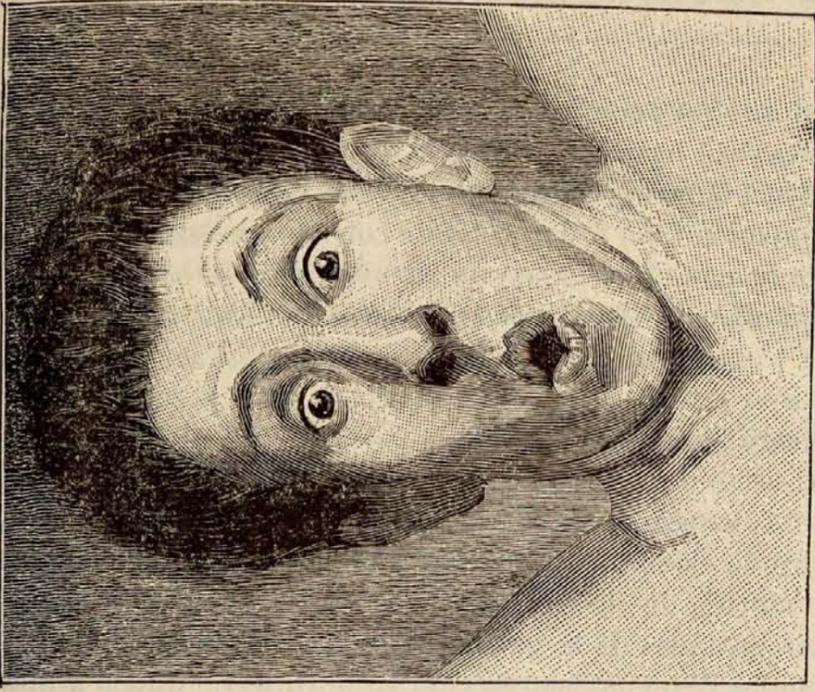
*Caliparco*, que á menudo necesitaba encargar á *Vitoria* diversos pedidos para su distracción y regalo, tuvo que apelar á este único medio de comunicación, pero sin hablar jamás con ella, y sirviéndole de intermediario su criado *Ramón*. Pero la *Licorrera*, que no sufría órdenes ni extravagancias de nadie, no obedeció jamás la consigna de no entrar en casa del indiano, sino que, al contrario, cuando se preparaba á ir á *Vitoria*, ó cuando volvía, dejaba los borricos á la puerta y se colaba en la cocina ó en el comedor, hasta encontrarse con gente.

Y muchas veces se hallaba de manos á boca con el amo, quien, con gesto sulfurado, al verla aparecer sin aviso

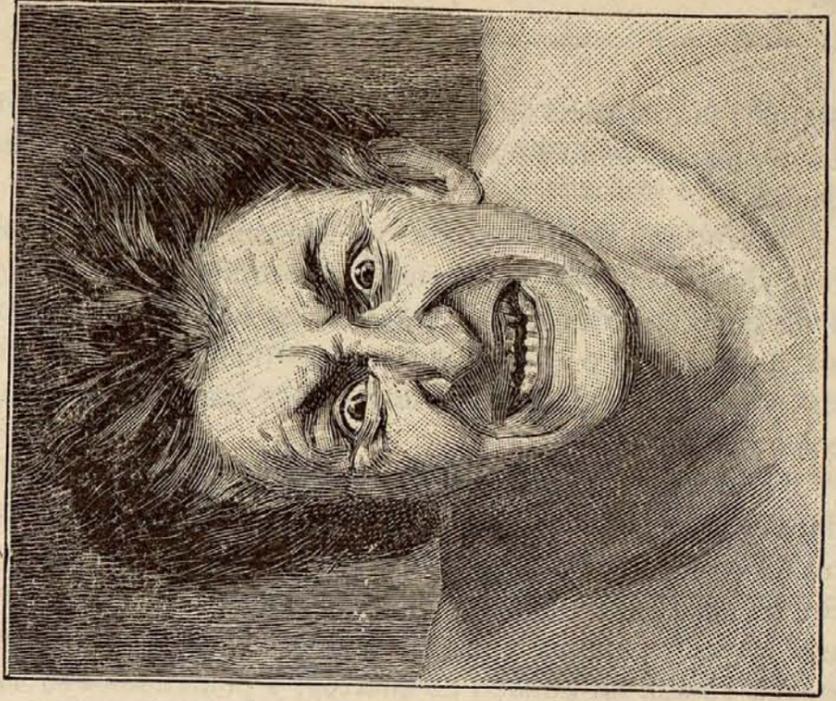
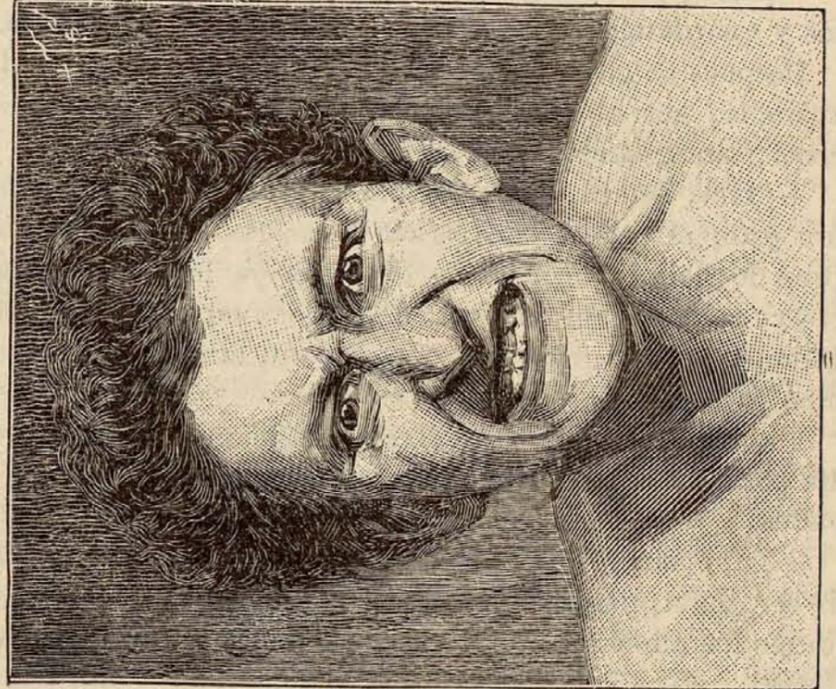
FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS



LA SORPRESA



LA IRA



alguno, la ordenaba que saliera inmediatamente al portal. La ordinaria, poniéndose en jarras y riéndose con desdén, decía:

—Pero, don Caliparco, ¿le voy comer usted, ó qué? Hombrs sien veses más bapós que usted también ya he visto yo; y ninguno echarme de su casa me ha hecho. ¿Espantar ó así, le hago yo, ó qué? Ahí tiene usted los errecaos de Vitoria, y la papel con apuntación de ellos también aquí en el colco traigo; mire usted.

Y al decir esto, alzabase el pañuelo de la garganta, desdábase unos cuantos ojetes del justillo y sacaba de allá dentro un papel doblado, donde estaba la nota de los encargos, con su cuenta. Y luego arremangándose la falda de percal azul rayado, metía la mano en una enorme faltriquera y sacaba de ella un puñado de cuartos, y poniéndolos sobre la mesa, añadía:

—Ahora, con el cuenta de la papel, cuenta usted, á ver si está bien.

Caliparco, horrorizado, tragaba aquel mal rato; y sin recoger el papel, ni mirar á los cuartos, contestaba:

—¡Bien, bien, mujer, está bien! Mira, cógete esos cuartos y guárdatelos, y no vuelvas á entrar por aquí dentro.

Después de cuya advertencia se volvía muy serio y desaparecía, entrando en otra habitación, mientras la *Licorrera*, santiguándose, exclamaba:

—¡Aitá, Semeá, Espíritu-santua! Lástima de probe hombre éste; el cabesa trastrornao tiene. Los mujeres, pues, ¿qué le habrán hecho? Yo de oídas ya había oído, pero creer, no creía, ¡ni tampoco! Todos los cuartos me da; ¡buen ganansia tengo! ¡majo hombre es! pero, mucha lástima también ya me da. ¡Probe Caliparco!

Y al salir, si encontraba al criado Ramón y éste la reprendía por haber entrado, contestaba la *Licorrera*, cerrando los puños:

—Tú, cosinero, ofisio de mujer hases, y hombre no debes de ser; calla, pues, ó un cachete los narises te doy, que te rompo los muelas; vete fregar y no te metas conmigo. ¡Marricús!

Tenía Caliparco la costumbre de leer el periódico diario, por la mañana temprano, á la sombra, en la galería trasera y alta de su casa, inmediata á su dormitorio, desde donde se alcanzaban á ver muy bien la huerta y lavadero del caserío cercano de Peruena. Y notó el indiano que precisamente á aquellas horas acudían á lavar al arroyo varias muchachas, y entre ellas *Conse*, la hija del caserío, que era una vestalilla de veinte años, maravillosamente dibujada y rellena. Por ser tan guapa, tenía fama de ser de lo mejor, de lo mejor, en toda aquella tierra; y muchos mütiles del valle rondaban á menudo su casa, y cuando los domingos por la tarde bajaba á la plaza á bailar al tamboril, acudían de Garagarza, Santa Águeda, Mondragón y Arechavaleta muchos golosos á verla.

No quiso darse por enterado el indiano de la existencia de tan peligrosa vecindad; pero la imaginación primero, y los ojos después, le hicieron traición, y, aunque no quería, solía acordarse de aquella muchacha más de lo debido, y al sentarse á leer el periódico se le escapaban las miradas hacia el arroyo. Allí solía estar Concepción, ó *Conse*, de Peruena, metida en pernetas en el agua, con su faldita corta, sus hermosos brazos inocentemente arremangados, y sueltas

al aire un par de trenzas entre castañas y rubias, que la llegaban hasta la base de la rotonda. Quiso hacer el fuerte aquel filósofo antifemenino; pero notó que los ojos y la imaginación iban á dar al traste con su fortaleza. No podía leer; se le caía el periódico de las manos, y se levantaba y contemplaba á *Conse* por entre las aberturas de las persianas. Y *Conse* y sus compañeras, más perspicaces que él, lo notaron pronto, y lo celebraron con risas y cantares, y muy luego la maledicencia pública contó que el indiano le hacía el oso á la nescacha.

Al saberlo Caliparco, hondamente resentido en su amor propio, hizo una de las suyas, mandando ir á su casa á una cuadrilla de albañiles para que tapiaran á cal y canto todas las ventanas de la galería alta, desde la cual se veía el caserío de Peruena, con lo cual su dormitorio quedó á obscuras y su corazón también, y *Conse* y sus amigas y los murmuradores con tres cuartas de narices. La opinión pública declaró en Aramayona que Caliparco era más inexpugnable que el peñón de Gibraltar.

No acabaron aquí sus rabietas y contratiempos. Ramón empezó á poner tarde y mal la cena; salíase de noche y á callanditas de casa; se componía y acicalaba más que de costumbre; y su amo, que todo lo husmeaba y en todo se metía por no tener otro quehacer, supo por Ramonchu que el cocinero tenía una novia en Santa Agueda, y que andaba tras de ella como alma en pena, quitándole horas al sueño y tachuelas á los botines y polvo á la carretera, yendo y viniendo para ver á la marmitona su compañera. Todos los humos del despecho se le subieron al amo á las narices, y llamando al enamorado Menegildo, después de ponerlo como nuevo, le puso de patitas en la calle, con su cuenta en la mano y la maleta al hombro. Al fin y cabo, ya tenía Ramonchu diez y nueve años, y había aprendido bastante de asador, cazuela, puchero y burrunsal, para sucederle en el servicio de su señor, al desaparecer Ramón.

#### IV.

##### DESERCIÓN GENERAL.

Llegó una vez el mes de Mayo, con sus árboles cargados de flores y sus matorrales y sus campos floridos también, pregonando el eterno y hermoso y pintoresco amor de cuanto creía la madre Naturaleza, cuyo marido no se sabe quién es. Por lo que cantaban los pájaros y los sapos y las chicharras, y por lo retozones que andaban los animales de más bulto y de más pies, podía suponerse que también á ellos les escarabajaba por dentro el amor; y así, á un tiempo, plantas y bichos se alegraban con el calorcillo revolucionario de la perpetuidad, y á todo el mundo se lo iban contando, con sus galas y colores y con sus cánticos y piruetas. En casa de Caliparco reinaba una quietud aterradora, porque no parecía por ella ninguno de los huéspedes, y ni en el comedor ni en el huerto cantaban, silbaban, maullaban, ladraban, mugían ni parlaban. Únicamente el *Pocholo* se rascaba los lomos, panza arriba, recostado sobre la hierba del prado vecino, y lanzaba de cuando en cuando un solemne y filosófico rebuzno, con grandes inspiraciones de aire, como si

tratara de sorberse toda la atmósfera para convertirla en armonía en su garganta.

Sorprendido Caliparco por aquella soledad, llamó á Ramonchu y le dijo:

—¿Dónde están los señoritos?

—Pues, señor—contestó el muchacho—hace tiempo que se han ido.

—¿Adónde?

—¡Toma! ¡pues á donde van todos los señoritos; á buscar á las señoritas!

Tentado estuvo el indiano de pegar un silletazo á su atrevido servidor al oír tal respuesta; pero, tragando de nuevo aquel sorbo de la amargura, añadió:

—¿Y qué sabes tú adónde han ido?

—Pues lo sé, porque lo he visto. Mire usted, señor. *Lesmes* está en el tejado de enfrente, maullando toda la noche, y riñendo con otros dos compañeros y con una gata; los *Coloriñes* tienen cada uno un nido allá abajo, en la chopera del arroyo; *Capitán* andaba ayer por los caseríos de Arraga, detrás de la *Canela*, del señor cura; *Chistu* silba de noche y de día en los manzanos, en compañía de una torda; *Monseñor* no sale de la torre, donde se oyen desde el anochecer unos chirridos de todos los demonios; *Napoleón* ha roto con los dientes la barrera de la huerta, y ha echado á correr hacia el molino, atropellando en el camino á tres criaturas; y hasta *Charlebalde* se ha volado al monte, donde está hablando solo en un roble, rodeado de una porción de caseros, que no saben cómo cogerlo para traérselo á usted. El único que está en casa es el *Pocholo*.

Caliparco se quedó aterrado al ver que casi todos le abandonaban, y maldiciendo de su filosofía, y pensando en la lealtad y fidelidad de *Pocholo*, exclamó:

—¡Qué le hemos de hacer! ¡No hay más hombre de bien que el burro!

Y como él, para sus adentros, se sentía hombre de bien, pero muy desgraciado, completó su aforismo añadiendo:

—¡Y no hay más burro que el hombre de bien!

Ensimismado iba á cerrar los ojos y á echarlo todo á rodar, cuando Ramonchu le sacó de su ensimismamiento, diciéndole:

—Señor, yo también me marchó.

—¿Qué es lo que dices, infame? ¿Que te marchas tú también? ¿Por qué?

—Señor—contestó el criado humildemente—aquí vivo solo; usted no habla conmigo; no tengo con quién hablar, porque los pucheros y las cazuelas y los sartenes no hablan, ni los animales tampoco; y me aburró, y me parece que me voy á volver tonto. Además, me han hecho recaído de una posada de Mondragón, por si quiero ir, diciéndome que me pagarán bien, y que la ama una hija rica tiene, y....

—¡Acabaras, villano!—gritó Caliparco—¡acabaras! ¡Esa es la madre del cordero, la chica! ¡Oh caso increíble! Tú también estás apestado, inficionado, mordido por las asquerosas y endemoniadas faldas, que Dios confunda. ¿Para qué hay mujeres en este mundo? ¡¡Horror!!

—Pero, señor, ¿la madre de usted ha sido algún guardia civil?—exclamó el muchacho, refugiándose detrás de una puerta.

—¡Vete al demonio!—exclamó el indiano, para decir poco después, con más calma:—¡Pero no, no te vayas á ninguna

parte! Mira, Ramonchu, espera en casa unos quince días, mientras busco yo otro criado. ¿Te parece?

—Sí, señor; esperaré todos los días que usted quiera.

—Bueno; pues para mañana á las cuatro, ponle la silla y la cabezada al *Pocholo*, porque tengo que hacer un viaje.

—¡Bien, señor! Á las cuatro estará todo preparado. ¿Quiere usted que le acompañe?

—No me haces falta. Anda ahora, á ver si coges á *Charlebalde*.

Ramonchu salió hacia el monte, y su amo, á solas y desesperado, sacó del armario un botellón de clarete, lanzó un suspiro, bebió tres ó cuatro sorbos y se tumbó en un sofá, á fumar un tarugo, diciendo, sin dejar de mirar al vino de Rioja:

—¡Oh mundo traidor y engañoso! ¿Qué sería de mi sin ti, *consolatrix afflictorum*? Todos se van tras de ellas, menos yo: ¡firme, Caliparco, no te rindas; un traguito más, y adelante! ¡¡Tú vencerás!!

## V.

## POCHOLO Y LA LICORRERA.

Á las cuatro y media de la mañana siguiente, mientras los primeros resplandores del sol daban en la cumbre de la Peña de Amboto, salió Caliparco de su casa, caballero en su *Pocholo*, que con paso menudo y acelerado trepó por la empinada cuesta del camino viejo, por Gureya<sup>a</sup> arriba, hacia Cruceta, con rumbo á Vitoria, al parecer. Iba pensando el indiano en encontrar un criado hombre de bien y buen cocinero, que, á ser posible, no pensara ó no pudiera casarse por ser viudo ó casado, y al cual pagaría con rumbo, á cambio de tan sobresalientes cualidades. Dábale vueltas y más vueltas á su cabeza y á su propósito, discurriendo á qué amigos de Vitoria había de dirigirse para ello, y cómo haría el trato y por cuánto tiempo, y si de palabra ó con escritura, ó si acaso sucedería lo que sería peor de todo, esto es, que tendría que volverse á casa con sus honores, por no encontrar servidor que le conviniera. Y así, embebido en su plan, avanzó al paso doblado de su *Pocholo*, quien corría como si le soplara por la popa la brisa fresquísima que iba disipando la niebla en aquellas alturas.

De pronto y sin aviso, se paró el burro en medio de la carretera, empinó las orejas, alzó el hocico y lanzó un solemne rebuzno, que retumbó en todas las soledades de Albina. Dióle Caliparco dos latigazos con el ramal; pero *Pocholo* no sólo no se movió, sino que, con la vista fija en los matorrales de la izquierda del bosque, disparó otro rebuzno tan sentido como el primero. Su amo entonces, enfilando la mirada por entre las dos orejas del asno, miró hacia donde éste miraba, y acertó á ver, allí cerca, detrás de unos espinos en flor, la cabeza de otro burro blanco, que contestó al saludo de *Pocholo* con las mismas armonías. Un par de latigazos, dados con rabia, sacaron al burro de su estupor, pero no de su propósito, porque el animal, dando un respingo, saltó la cuneta de la carretera, y sin hacer caso maldito de las voces de su amo, partió como una exhalación por el prado adelante hacia donde el otro burro estaba, y el cual, viéndole venir con su caballero encima, echó á correr también, sal-



—¿Será verdad que me quiere?....  
¡ Veremos..... sí!.... no!.... sí!.... no!  
Sí!..... Su labio no mentía,  
Ni miente mi corazón.....

—Las flores son envidiosas,  
Niña bella: ¡plegue á Dios  
No haga un ingrato contigo  
Lo que tú con esa flor!

tando por entre las argomas, helechos, brezos y espadañas.

—¡Só! ¡Só, *Pocholo*, só!—gritaba el indiano.—¡Só! ¡Maldito seas! ¡Só! ¡Es una burra! ¡Só! ¡Una burra! ¡Esto solo me faltaba! ¡Só, *Pocholo*! ¡*Pocholo*, só!

Y mientras el asno corría, Caliparco apretaba las piernas y tiraba del roncal con desesperación, en tales términos, que al tropezar con un tronco de un árbol caído, la cincha y la brida se rompieron, y burro y amo rodaron por el suelo, despidiendo aquél á éste con un par de coces en las espaldas, que le dejaron sin sentido, y desangrándose al mismo tiempo por una herida que se hizo en la cabeza al caer y dar contra el árbol. Perdiéronse el burro y la burra en la espesura del bosque, y allí quedó el pobre hombre despatarrado, á pocos pasos de la carretera.

Algunos minutos después avanzaban por ella tres borriquillos, sobre uno de los cuales cabalgaba una mujer. Era la *Licorrera*, que iba al mercado de Vitoria. Desde su alto asiento vió á un hombre, caído y como muerto, en la praderilla del monte, y apeándose presurosa, se dirigió adonde estaba; y al reconocerle, se santiguó y cayó de rodillas, y cogiéndole entre sus brazos exclamó:

—¡Don Caliparco es, pues! ¡Dios mío! ¿Qué hasía aquí este hombre? ¡Brigen de Aránsasu bendita! ¿qué pasar aquí? ¡Don Caliparco, por Dios! ¿Muerto está usted, ó qué? ¡Ay ené, amacho! ¡Ya parese que erresuella! Pulsos también ya tiene. ¡Don Caliparco, señor; vivo ya está usted! ¡No se apura usted, señor!

Y la buena mujer sacó de la faltriguera dos pañuelos, los humedeció en el arroyo, lavó la sangre de la cabeza del indiano y le aplicó aquellos paños humedecidos á las sienes y á la boca, con cuya frescura volvió en sí el herido, abrió los ojos y empezó á quejarse tristemente.

—¡Erresucitar ya ha hecho usted, señor! Vamos, compromidá hay que tener. ¿Quién le ha tirao á usted? Ladrones ó así serán. ¿Dónde tiene usted el mal?

La *Licorrera* le palpó en todo el cuerpo y le vendó la cabeza, envolviéndola con un trozo que rasgó del delantal; pero no pudo conseguir que el herido hablase una palabra, sino que, por el contrario, á consecuencia de la pérdida de sangre, sufrió éste un nuevo desmayo y volvió á caer cuan largo era. Entonces la animosa joven acercó el burro de más tamaño, puso sobre sus lomos y maletas á Caliparco, sosteniéndole ella por los hombros, arreó á los animales, y minutos después acostó en la limpia cama de su casa-taberna al pobre señor.

Desnudáronle entre ella y una criada, y mientras ésta preparaba una taza de caldo, hizo la *Licorrera* un cocimiento con vino, romero, salvia y unas hojas de balsamina, y se lo plantó en la herida de la cabeza, y sobre los grandes cardenales que tenía en las espaldas. Desmayado ó dormido pasó Caliparco algunas horas. Cuando recobró el conocimiento y miró en derredor suyo, vió á la *Licorrera* y exclamó:

—¡Hasta en la hora de la muerte me persiguen estos demonios con faldas!

—¡Qué muerte ni qué ocho cuartos!—contestó la recadista.—¡Si yo no le encuentro usted en la monte, muerto, ya lo creo, que estar ahora, don Caliparco! No hablar usted ahora mucho, y callar hay que haser; caldo de galiña tomará usted y un biscocho también, y un copita de supurao también.

—¡Que venga un médico!—dijo el indiano.

—¡Médico! ¿para qué, pues? Usted un coscorrón grande tiene y nada más; médico para eso no sirve; ya le ha puesto yo emplasto viño erromero, y pálsamo y todo, y curar pronto le haremos. ¿Médico pa qué? Un pata de galiña ya comerá usted á la tarde, y más caldo también y otro copita. Mejor que los médicos nosotras sabemos; viño por fuera, viño por dentro erresusitar todos los malos al momento. ¡No hablar más! ¡Barriqueta guchi!

Tomó el hombre el caldo, el bizcocho y el vino, y se quedó dormido como un tronco.

A los tres días desaparecieron los chichones, y á fuerza de patas y pechugas de gallina, y de bizcochos, y de clarete superior, y de buen chocolate con pan tostado, se encontró bien don Caliparco, y pudo levantarse. El herido, en sus ratos de insomnio y de silencio, había pensado á menudo en sus extravagancias y en su desventura. *Pocholo* le dió la última y soberana lección. Después, irremediamente, la gratitud entró en su pecho, y se convenció de que, sin el auxilio de la *Licorrera*, hubiera muerto desangrado, y que la pobre mujer le trataba con más cariño que si fuera una hija. ¿A qué ir á Vitoria á buscar criado? ¿Qué había de sucederle en adelante más que lo que le había sucedido con todos los que le rodeaban, desde Ramón y Ramonchu, hasta *Capitán* y *Pocholo*? ¿Por qué oponerse á los mandatos de la Naturaleza? ¿Quién le serviría y cuidaría mejor que la valerosa *Licorrera*? Que ésta tenía una historia un poco obscura. ¿Y qué? ¿La tenía mejor él, en conciencia? Mucho, muchísimo lo pensó, y al fin se decidió; porque la verdad era que aquella mujer, con su desinteresado afecto, con su habilidad para todo, con su talento natural y con su simpático y gracioso humor, le tenía ensimismado, á él, que hacía diez años que no hablaba á ninguna mujer.

Cuando llegó el término de la convalecencia, la dijo un día:

—Mira, con nada puedo pagarte lo que has hecho por mí. He pensado que tienes que venir á vivir á mi casa.

—¿Ahora más loco que nunca se ha vuelto usted, ó qué?—repuso ella.

—Nada de eso; hablemos con formalidad. Estoy cansado de mi aislamiento, y necesito tener quien me quiera y quien me cuide.

—Una chica bapa y joven busque usted, pues: la Conse de Peruena allí mismo, emprente, emprente tiene usted.

—Precisamente deseo todo lo contrario; tú tienes que venir conmigo.

—Por la iglesia si no pasamos antes, ¡no!—repuso ella muy seria.

—Pues por la iglesia pasaremos.

—¿De veras, don Caliparco?

—De veras.

—Si me engaña usted, más fuerte que la burro *Pocholo* le daré yo en mitad de la cabeza, ¡aunque apusilar me hagan luego!

—No te engañe; toma este bolsillo con ochentines y compra lo que necesites para la boda.

—No, señor, ¡ezcarricasco! Erropa blanca buena, ya tengo yo, y vestidos también, y mantilla también; más, no se necesita, me parese. Yo dinero no tomar hasta que sea la ama de casa. Górdelo usted ese bolsillo.

—¿Has tenido muchos novios?

—Muchos charlembaldes, sí; novios también de tamboliñ de bailar; pero ni la punta de sapato, ni el erropa tocar siquiera ninguno á mí.

—¿De veras?

—¿Ve usted este crus?—añadió la *Licorrera* con entereza, haciendo la cruz con los dedos y besándola;—pues que me caiga aquí muerto erreventao de repente, si no es verdad.

—Un abrazo ya me darás, ¿eh?

—Sin pasar por el iglesia, no, señor.

—¿Estás conforme con ser mi mujer?

—Sí, señor; confrome y contenta y todo estoy.

Aquella tarde bajó Calicarpo á su casa y participó á sus amigos que se casaba con la *Licorrera*. No ha caído bomba más grande, ni que más ruido haya metido, en el valle de Aramayona. Pocos días después el escribano de Villarreal hizo la solemne escritura de dote en favor de la novia. Al regresar al valle, en coche, los futuros esposos, los recibie-

ron con arcos de follaje, tamboril, limonada, cohetes y repique. Casi todo el vecindario estaba en la calle, y *Charlembalde*, *Lesmes*, *Chistu*, *Coloriñ* y *Monseñor* esperándoles en el comedor. *Capitán* les acompañó en su viaje de ida y vuelta, y en cambio, nadie echó de menos la ausencia de *Pocholo*, que fué robado en el monte por unos gitanos; ni la de *Napoleón*, que había sido colgado, hecho trizas, en la cocina y en la despensa; ni la de *Dale*, que vivía desterrado en la montaña, topando á todo bicho viviente.

Las únicas personas que estaban *de hocico* eran algunas solteras de la calle, que soñaron alguna vez en atrapar á Caliparco.

*Conse*, la de Peruenta, dijo en el corro de ellas, con aire despreciativo:

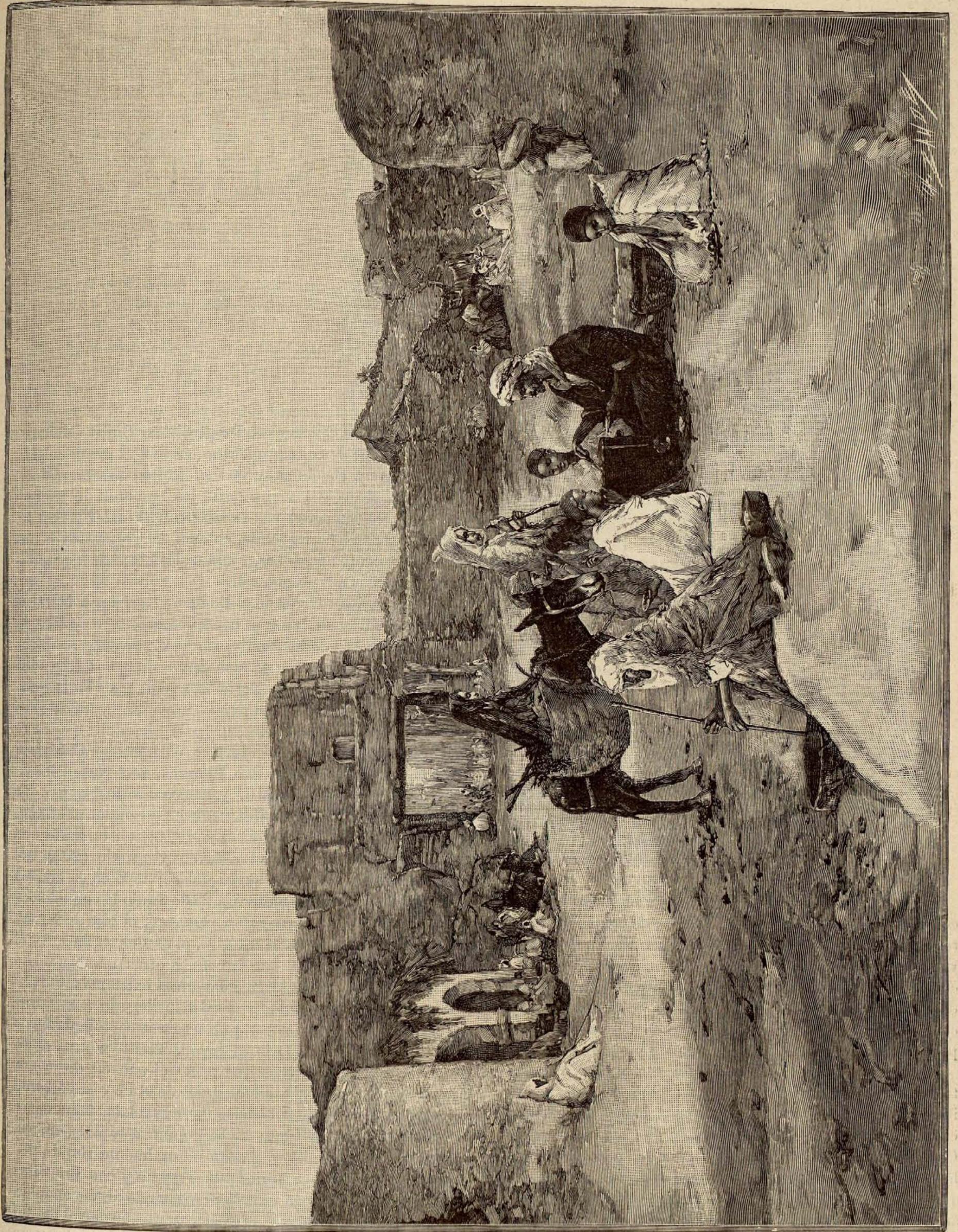
—¿Qué hombres tan bajos hay en el mundo! ¡Parecen á las gallinas, que dejan el grano fino y se van á picar á la basura!!!

RICARDO BECERRO DE BENGUA.



EL PRÍNCIPE CARLOS DE RUMANÍA.

(De fotografía de Mandy.)



ESCENAS DE LA VIDA ÁRABE.—CUADRO DE BOMPARD.

# UN GRIEGO ILUSTRE

## PLUTARCO



El noble de abóleno suele conservar en vasto salón los retratos de sus antepasados, las armaduras, trofeos y rancios pergaminos que acreditan la antigüedad y grandeza de su casa. Aquellos blasones son la gloria tradicional de los suyos, reflejándose sobre él mismo. No de otra suerte las naciones, familias grandes, pues el pueblo es la expansión de la familia, conservan el recuerdo de sus héroes, sabios y hombres eminentes de todo género, *vitam silentio ne transeant*, según palabras de Salustio; esto es, para que no pasen oscurecidos y olvidados. Por tal

consideración los historiadores, además de consignar los altos hechos de sus personajes, suelen retratarlos con rasgos vivos y firmes pinceladas, así en las narraciones antiguas como en las modernas. Y todavía no contento el hagiógrafo, desentaja y separa del cuadro general de la historia cien cuadros particulares, representativos de insignes varones, para exponerlos á la pública admiración y ejemplo.

Por motivos muy largos de manifestar, y cuya manifestación no es oportuna ahora, ni á muchos agradaría, es cosa indiscutible que en nuestro país existe menos afición á los estudios clásicos, filosóficos y morales, que á la tauromaquia. Conocer la lengua y literatura latina es poco frecuente: haber saludado la lengua y literatura griega es muy raro; y quien gasta su labor y tiempo en tan improductivos estudios, aparece como nota discordante en el monótono concierto de la común ignorancia. Así, pues, ninguno, ó casi ningún español desconoce los apodos, genialidades, patria y proezas

de Pepe Hillo, el Chiclanero, Desperdicios, Curro Cúchares y demás héroes de coleta; mientras que, no ya gente vulgar, sino de carrera concluída y con su título correspondiente, ignora los hechos y á veces hasta los nombres de los que gastaron y consumieron sus fuerzas intelectuales y físicas, durante toda su laboriosa vida, en aras del progreso y beneficio de sus contemporáneos, y aun de las generaciones todavía no llamadas á la existencia.

Juzgo, pues, aprovechado el tiempo y meritoria la tarea de quien dedica su labor y conocimientos á difundir la ejemplar memoria de los hombres de valer, de nuestros bienhechores, que trabajaron y atesoraron para nosotros, sea cualquiera su cuna, siglo y posición social; pues en la gran obra humana de redimirnos por la inteligencia todos ellos fueron y son colaboradores.

Conviene advertir que el Plutarco de que ahora se trata no es el confesor y mártir San Plutarco, sectario en su juventud del politeísmo gentil, y convertido luego por las exhortaciones y enseñanzas de Orígenes á la religión cristiana, de que se hizo acérrimo defensor y propagandista, hasta que bajo el reinado del emperador Severo Septimio (202) fué preso con cinco discípulos suyos y decapitado en la ciudad de Alejandría, por cuyo motivo el 28 de Junio le conmemora la Iglesia; sino el Plutarco sabio, el griego, el hijo de Nicarcos y nieto de Lamprías, el retórico, el orador, el filósofo, el moralista, el literato, el hagiógrafo y otras muchas cosas más que fué durante su larga y laboriosa existencia.

Aunque muchas de sus obras no han llegado á nosotros por haberse perdido, y á pesar de que sus contemporáneos Marcial, Quintiliano, Plinio el Joven, Tácito y otros ni siquiera le nombran, sábese que nació el año 50 de la era cristiana en Queronea, humilde pueblo de la Beocia, comarca ó provincia de Grecia, por cierto de muy mala fama entre los demás griegos á causa de la común estupidez de sus habitantes. Pero así como, siendo naturalmente tímida por su sexo, cuando alguna mujer sale arrojada y con bríos impone á los hombres más valerosos; y cuando algún andaluz nace tacaño y cicatero, es más cicatero y tacaño que el propio espíritu de la miseria; en aquella Beocia, país de tontos y de brutos, cuando despuntaba un hombre de talento, lo tenía

de verdad, y en grado tal y tan eminente como si dentro de su cabeza llevara el meollo y el entendimiento de todos sus paisanos. En Beocia vió la luz del día Pindaro, el mayor de los líricos helénicos, de quien el príncipe de los líricos latinos, Horacio, dice (*Carminum, liber IV*):

Pindarum quisquis studet æmulari,  
Iule, ceratis ope Dædalea  
Nititur pennis vitreo daturus  
Nomina ponto.

Esto es, que quien se esfuerce por competir con Pindaro pierde el tiempo y el trabajo. También fué beocio el heroico Epaminondas, ilustre y famoso entre los más ilustres y famosos capitanes griegos; y tuvieron la misma cuna otros varones celebrados juntamente por la historia. De donde se infiere que no hay tierra tan ingrata y estéril, que no pueda producir flores y frutos.

Instruido ya Plutarco en las primeras letras, su abuelo y su padre, hombres de regular cultura y de posición desahogada, enviaronle á estudiar con el docto Anmonio, de Alejandría. Bajo la conducta de tan excelente maestro aprendió retórica y matemáticas, lógica, historia, moral y filosofía, siguiendo las doctrinas de Pitágoras y Platón. Bueno es tener presente que la educación didáctica de entonces difería mucho de la actual. El discípulo habitaba por lo común en casa de su maestro, sentábase á su mesa, le acompañaba en sus paseos y viajes, colaboraba en sus trabajos literarios ó científicos, y esta convivencia y comunicación intelectual establecía entre ellos lazos tan poderosos, que muchos alumnos llamaban padres á sus maestros; y en verdad, que espiritualmente lo eran. Anaximandro, hijo de Tales; Anaximenes, hijo de Anaximandro; Anaxágoras, hijo de Anaximenes, no eran realmente hijos, sino discípulos continuadores, verbos y propagandistas de las enseñanzas y doctrinas de sus maestros. Las ideas pitagóricas y platónicas le inspiraron tan puros y nobles principios de moral, que dos siglos después de su muerte decía un obispo griego: «Creo que N. S. Jesucristo habrá premiado las virtudes de Platón y de Plutarco, y los tendrá en su santa gloria.»

Foco esplendoroso del antiguo saber fué el Egipto, y todavía lo era en este tiempo; siendo muy común que los estudiosos griegos completasen sus conocimientos en el país del Nilo y á la sombra de sus templos y bibliotecas, cuando intentaban profundizar el dogma, la historia, la moral, las matemáticas ó la astronomía. Por tal motivo Plutarco, joven



EL SOMBRERO DE PAPÁ.—POR RONALD ALLÁN.

ya y en disposición de investigar y aprender por sí mismo, viajó por la tierra de las Pirámides, visitó sus principales poblaciones y santuarios, trató con los sacerdotes y filósofos más notables durante dos ó tres años, y como fruto de la ciencia allí adquirida escribió el profundo tratado *De Isis y Osiris*. Vuelto á Grecia y deseoso de conocer el respectivo carácter de Solón y Licurgo y las indelebles huellas que ambos legisladores habían dejado en Atenas y Esparta, vivió en estas ciudades, entregándose con afán al estudio y comparación de sus leyes, costumbres, historia y monumentos; y después de una breve permanencia al lado de sus padres, afligidos por la muerte del bondadoso abuelo Lamprias, marchó todavía muy joven á Roma, donde reinaba el gran emperador plebeyo Vespasiano, primero de la dinastía Flavia, victorioso en todas partes, y de quien los historiadores Suetonio y Tácito cuentan que hizo milagros como su maes-

tro Apolonio de Tiana, curando de repente parálíticos y ciegos.

Muy lejos estaba Plutarco de pertenecer al montón de aquellos griegos buscavidas, tan ignorantes como habladores, que iban á Roma codiciosos de hacer fortuna por cualquier camino, aun el más sucio y tortuoso, á quienes con menosprecio apellidaban *graculi* los romanos casi desde los tiempos de Paulo Emilio. Plutarco no buscaba en la capital del antiguo mundo las riquezas, pues nunca fué avaro y ya tenía las suficientes para su modesta vida, sino el darse á conocer en aquel centro único y universal, á donde afluían como en grandes oleadas las ciencias, los dogmas, las artes, la belleza, el oro, las virtudes, vicios, crímenes..... todo lo bueno y lo malo, en suma, que había esparcido por la amplia extensión de la tierra. Hoy ninguna capital puede compararse con la del imperio latino entonces, ni significa lo que ella: si ahora París es grande, también lo son Londres, Berlín, Viena, Petersburgo; pero la señora del Tíber era la clave, el centro y compendio de pueblos y naciones, y nada en parte alguna podía ocurrir fuera del alcance de su vista y de sus armas. En este emporio tan vasto y riquísimo abrió Plutarco sus conferencias públicas de retórica, moral, filosofía, historia y literatura, admirando á su auditorio con su saber y elocuencia. Explicaba en griego; pues, como él mismo declara en sus obras, jamás poseyó á fondo la lengua latina para usarla con elegancia, sino lo necesario para la conversación, cosa muy común entre los griegos, que miraban el latín como idioma inferior al suyo y que no valía el trabajo de estudiarlo muy á fondo. Por el contrario, los jóvenes patricios romanos solían completar sus estudios en Grecia: apenas había alguno que no entendiese el griego, y muchos lo hablaban con igual soltura que su lengua propia. Teniendo esto presente, nadie extrañará que Plutarco explicase en idioma extranjero y que su auditorio le comprendiese bien: hoy mismo vienen á Madrid compañías dramáticas cuyos actores declaman en francés ó italiano, y un escogido público los entiende y aplaude. Y con tal atención y tanto interés escuchaba su auditorio los discursos de Plutarco, singularmente los de filosofía, que habiendo penetrado cierta mañana en el salón un empleado de palacio con carta del Emperador para uno de los oyentes, suspendió el orador su plática un momento; mas el personaje despidió al empleado, se guardó la carta y no quiso leerla hasta que la conferencia hubo concluido. Aunque semejante anécdota tuviese más de invención que de realidad, el hecho de existir sin que nadie la contradiga, indica por sí solo el respeto y la estimación con que las doctrinas del filósofo beocio eran escuchadas.

Y aquí es oportuno desvanecer una afirmación de Suidas, quien supone sin fundamento que Plutarco fué maestro del emperador Trajano. Uno y otro, durante la mayor parte de su vida, llevaron rumbos muy diferentes: el primero había pasado su tiempo en el estudio, en las bibliotecas y academias de los sabios, buscando la ciencia por todas partes, en Grecia, en Egipto, en Roma; el segundo, en los campamentos, entre las legiones y el fragor de las batallas, reduciendo insubordinadas y rapaces tropas á severa disciplina, y alcanzando triunfos en Oriente y Occidente, hasta ser el primer general de todos los ejércitos, el adoptado por Nerva como sucesor suyo en el mando supremo, y entrar á pie con

su esposa Plotina por las calles de Roma para tomar posesión del mayor trono que entonces existía. En sus mismas personas ambos llevaban como grabados sus respectivos antecedentes. El filósofo y orador griego, de mediana estatura, delicado y pálido, de ojos pensadores y cabeza calva y pulida como el marfil, modesto y afable, revelaba á primera vista su existencia pasada en la meditación y la sombra, en las largas vigilias y constante labor del pensamiento; mientras que el guerrero español, alto y hercúleo, con profunda cicatriz en su rostro tostado por los soles de todos los climas, de valor indomable, palabra imperiosa y breve, recto en su proceder, tan sobrio para sí mismo como generoso y espléndido para con los demás, estaba manifestando bien á las claras el mérito singularísimo del hombre que, sin necesidad de intrigas ni bajezas, sube naturalmente y por su propio valer, desde los últimos puestos, al primero y superior de todos, ciñendo corona y empuñando cetro, no para con ellos honrarse, mas para honrarlos, dejando en la historia universal inolvidables huellas. Ambos ilustres varones eran de la misma fecha, y se conocieron cuando ya tenían cerca de cincuenta años: ¿qué edad es esta para tomar maestro? Ni, fuera de Suidas, ¿dónde consta que el Emperador lo tomase? Ciertamente, el

rayo de la guerra,  
Gran padre de la patria, honor de España,  
Pío, felice, triunfador Trajano,  
Ante quien muda se postró la tierra,

como diez y siete siglos después le llamó su paisano el gran poeta de Sevilla, estaría menos versado que Plutarco en el conocimiento de la oratoria y de las varias escuelas filosóficas griegas y egipcias; pero le aventajaba con mucho en la profunda ciencia de conocer y mandar á los hombres, que es precisamente la que necesitaba, y de la que dió tan relevantes pruebas durante los diez y nueve años que rigió con mano firme los destinos del mundo. Un solo hecho basta para pintar su extraordinario carácter. Noticioso de que uno de los más influyentes patricios, poseedor de grandes tesoros y de muchos miles de esclavos, conspiraba contra su trono y persona, salió de su palacio, atravesó de noche las peligrosas calles de la inmensa ciudad, solo, llevando al cinto su ancha y corta espada española, semejante á los machetes de hoy, se presentó en casa del conspirador y le dijo:

—Me aseguran que intentas destronarme y asesinarme. Sin que nadie lo sepa, vengo á tu casa para cenar contigo y ver si te atreves á tanto. He desterrado á tu acusador, porque no me gustan los delatores. ¿Qué te parece? ¿Me convidas?

El conspirador, pues ciertamente lo era, tembloroso y pálido, cayó á los pies del héroe, pidiéndole perdón, que le fué otorgado: cenaron juntos, y á las altas horas de la noche, solo, como había venido, regresó el Emperador á su palacio, habiéndose ganado un amigo, que le fué leal toda la vida.

Hombres de tan raro mérito como el Emperador y el filósofo, habiéndose conocido, no podían menos de estimarse verdaderamente: Plutarco admiraba de corazón á Trajano, y Trajano quiso nombrar á Plutarco gobernador de Grecia y de la Iliria; pero el modesto filósofo, deseoso de tranquilidad, no admitió empleo tan elevado, contentándose con el de vigilante de construcciones, como si hoy dijésemos



MUTUA SORPRESA.—CUADRO DE WEHLE.

PLATE 7. — INTERIOR OF CHURCH

inspector de obras públicas en ambas provincias, y en tal concepto regresó á su patria con su esposa Timoxena y sus numerosos hijos. Pero tal estimación le profesaba Trajano y en tanto le tenía, que habiendo nombrado luego dos gobernadores para las provincias mencionadas, les mandó no resolver ningún asunto de importancia sin haberlo consultado antes con Plutarco, y ateniéndose á su sabiduría y experiencia; de suerte, que el verdadero gobernador fué el honrado vigilante de construcciones. En este cargo manifestó inteligencia y actividad; pero muy pronto, por iniciativa y voto de sus paisanos, ascendió á la dignidad de arconte (magistrado supremo) y gran sacerdote del templo de Apolo délfico. Entonces fué cuando, alejado del bullicio de Roma y libre del trabajo de las conferencias públicas, en el seno de su familia, que le amaba, y rodeado del respeto y la estimación de todos, compuso la mayor parte de sus muchas obras.

Pocos, muy pocos escritores alcanzaron sin solicitarlos tantas distinciones y tan general afecto. La docta Atenas le declaró su hijo adoptivo y ciudadano ilustre; Corinto, Elis y otras ciudades le convidaban, brindándole puesto de honor en sus solemnes fiestas políticas ó religiosas; la multitud le saludaba con respeto al verle pasar; y su excelente mujer, sus hijos, hermanos, yernos y numerosos amigos y discípulos formaban alrededor suyo como una atmósfera suave y luminosa de admiración y cariño verdadero. Mas no siendo cosa posible en la tierra la completa felicidad, murió su hermosa hija, la que le quedaba soltera; y con este motivo escribió y dedicó á su esposa el libro titulado *Consuelos*. Poco después compuso y dedicó á su predilecto hermano Timón el tratado *Del amor fraternal*, en que tanto descuella como filósofo y moralista. Frutos notables de su ingenio son también el *Tratado contra la Superstición*, otro titulado *De la manera de leer los poetas*, y hasta el prodigioso número de ciento sesenta obras de historia, física, metafísica, moral, política, retórica, religión y literatura, cuya enumeración completa hoy es imposible por haberse extraviado la mayor parte de ellas, quedando sólo unas sesenta y cinco. Así con justa razón ha sido y es considerado Plutarco entre los más insignes polígrafos de la antigüedad, por lo vario, extenso y profundo de sus conocimientos. Pero su trabajo maestro, el sólido pedestal de su fama, la más abundosa fuente de noticias relativas á Grecia y Roma, son sus *Vidas de Varones Ilustres*, impresas y reimpresas en todos los idiomas y países, casi siempre bajo el título de *Vidas Paralelas de Plutarco*. Si no me engaña mi memoria, pues no la tengo á la vista, contiene esta colección cuarenta y ocho biografías pareadas casi todas, y formando cada pareja un griego y un romano, con la particularidad de que, salvo algunas excepciones, después de historiar dos personajes en sus dos correspondientes biografías, establece entre ellos un cotejo ó estudio comparativo, en esta forma: libro 1:

Teseo.

Rómulo.

+ Comparación de Teseo con Rómulo.

Licurgo.

Numa.

+ Comparación de Licurgo con Numa.

Y así de las demás. Como aparece claro, estas comparaciones

de un héroe legendario con otro, de un legislador con otro legislador, no son caprichosas en modo alguno, sino fundadas en verdaderas analogías, como deben ser las comparaciones razonables. En el discurso de la obra sigue el mismo acertado criterio, pareando á Filopémen con Tito Quinto Flaminio; á Pirro, con Cayo Mario; al macedonio Alejandro, con Julio César; á Demóstenes, con Cicerón: por cuyo motivo se ha llamado á esta colección *Vidas Paralelas*. Tan admirable galería de retratos principia en los tiempos fabulosos de Grecia, y concluye con los brevísimos reinados de Galba (siete meses), y de Otón (tres meses), en el año 69 de la era cristiana. Si como documento histórico es de inapreciable valor este libro, ciertamente no lo es menos como extenso cuadro de filosofía moral puesta en acción, uniendo á tales méritos el de la amenidad en las descripciones de personas, usos y costumbres; por donde su lectura resulta entretenida y agradable como la de una buena novela, sin que tal circunstancia perjudique lo más mínimo á la solidez de la doctrina y la profundidad de los pensamientos.

En honor de la verdad, y hablando imparcialmente, no cabe tributar iguales elogios á la pureza y tersura de su lenguaje; pero existen dos circunstancias que disminuyen y aun borran semejante falta á nuestros ojos.

Es la primera, que ya en tiempo del autor el idioma griego se había bastardeado, y no era el griego purísimo y elegante de Tucídides, Isócrates, Demóstenes ó Esquines; y la segunda, que pocos, poquitos literatos hoy son capaces de leer, comparar y apreciar á fondo los originales, distinguiendo en ellos sus respectivos defectos ó excelencias en cuanto á dición, lenguaje y estilo. Así, pues, lo censurable de Plutarco no se conoce hoy; mientras lo bueno sigue siendo bueno, y por sus enseñanzas y doctrina será leído y elogiado en todos los siglos.

Rodeado de la consideración y cariño de los suyos y de la benevolencia de los extraños, falleció de avanzada edad, aunque se ignora la fecha. Según unos, murió á los setenta años en el tercero del reinado de Elio Adriano: según otros, vivió hasta los noventa, alcanzando nada menos que al emperador Antonino Pío; longevidad verosímil en quien tantos puestos había desempeñado y tantas obras producido, siendo la mayor parte de ellas compuesta en la edad madura y en la vejez, pues conservó siempre íntegras sus facultades intelectuales.

De sus hijos varones Autóbulos, Plutarco y Lamprías (así llamado en memoria del venerable abuelo), este último fué colector de los escritos del padre, completos entonces y desaparecidos en sus dos terceras partes luego, según en su lugar queda expresado. Hizose de ellos la primera edición (in. fol. Venet. 1509) en las famosas prensas de Aldo Manucio, y reproducidos sin tardanza en casi todas las naciones, sirvieron de estudio y excitaron la admiración de los hombres más doctos. Sus traductores á distintos idiomas fueron hombres como Erasmo, Turnebe, Melanchthon, Fidefio, Angel Policiano; sus lectores entusiastas, singularmente de las *Vidas Paralelas*, Carlos V, Felipe II, Don Juan de Austria, Hernán Cortés, el famoso Duque de Alba, el ilustre capitán Alejandro Farnesio, y Guevara y Solís entre los españoles; en Francia, Montaigne llamaba á semejante lectura «delicias de mi vida», asegurando que ningún filósofo de la antigüedad se acerca tanto á la moral cristiana como

el gran sacerdote de Apolo. Comparándole con el filósofo cordobés, maestro de Nerón, dice: «Séneca empuja, mas Plutarco guía y atrae dulcemente al cumplimiento del deber»; Montesquieu, Rousseau, Voltaire le colman de elogios; Crebillon inspirase en él para su *Catilina*; y el gran dramaturgo inglés Shakespeare débele el pensamiento de sus tragedias y dramas titulados *Coriolano*, *Antonio* y *Cleopatra*,

*Julio César* y *Timón de Atenas*. Finalmente, el sabio Xylander, en 1570, publica su erudito libro *Vita Plutarchi*, biografiando al excelente autor que tantas biografías había escrito para dar á conocer como en vasta galería de retratos las inolvidables figuras de personajes eternos.

NARCISO CAMPILLO.



## SONETOS

### EL DÍA Y LA NOCHE

Del firmamento espléndida señora,  
De juventud eterna coronada,  
Fresca, apacible, alegre, sonrosada,  
Sacude el sueño la gentil aurora.

Su perdido poder la noche llora,  
Al tenebroso abismo arrebatada;  
Mientras la esfera, de fulgor ornada,  
Tranquila asciende y su camino dora.

Así brilló temprana mi ventura,  
De la inocencia roto el cautiverio;  
Así de la verdad la llama pura

Veloz extiende el luminoso imperio.....  
Mas baja ¡oh Sol! de tu sublime altura,  
¡Que el bien mayor reside en el misterio!

NILO MARÍA FABRA.

### SU MUERTE

16 ABRIL 1891.

En el promedio hermoso de la vida;  
En la estación selecta de las flores;  
Cuando á concierto universal de amores  
Aura, luz y color, todo convida,

La flor de mis ensueños, la elegida  
Compañera de dichas y dolores,  
De tenaz aquilón á los furoros  
Cayó en el lecho con mortal herida.

Y cuando en colmo de mis horas malas  
Por decreto de Dios omnipotente  
Batió al cielo su espíritu las alas,  
¡Sarcasmo horrible á mi dolor creciente!  
La tierra desplegó todas sus galas  
Para encerrar mi amor eternamente.

MIGUEL CARRASCO LABADÍA.



## Desde la Corte

AL ELOCUENTE JURISCONSULTO JOSÉ CONTRERAS

En la gran capital, sepulcro inmenso  
De césped y de flores revestido,  
Selva intrincada cuya regia pompa  
Y espléndido follaje oculta sierpes,  
Terribles hienas y rabiosos tigres;  
En la gran capital bella y culpada,  
Tu epístola recibo, rayo de oro  
Que viene á iluminar la obscura noche  
De mi doliente corazón.—Tu carta,  
Llena de los reflejos y perfumes  
De esa dichosa tierra en que nacimos,  
Llega á mis manos en las horas tristes  
De cansancio y angustia y desaliento:  
Horas de maldición, por ti ignoradas,  
Cuanto por mí sufridas.

¿Quién, osado,  
Mintió que la amistad nunca ha existido?  
¿Quién niega ese consuelo de la vida,  
Cristalino raudal, fresco y sonoro,  
En el desierto abrasador?—Sí; existe  
La amistad generosa. Yo lo afirmo.  
¡Yo, que en el vil comercio de los hombres,  
Yagos he conocido más siniestros  
Que el gran traidor del pavoroso drama!  
¡Yo, que en el mundo infame he cosechado  
Ingratitudes tantas como arenas  
Y olas tiene la mar! Sí; yo lo fio:

Existe la amistad pura y sublime.  
De igual modo que hay áspides y rosas,  
Ruisseños y cuervos, noche y día,  
Hay amigos honrados y falaces.  
Tú eres de los primeros, alma noble:  
Tú, que en la adversidad rígida y fiera  
Como en los áureos tiempos, siempre has sido  
Dulce, franco, leal y cariñoso.  
¡Salud, corazón fiel, salud mil veces!

Gracias, mi amigo. Acabo la lectura  
De tu inspirada epístola halagüeña,  
Y ábrese ante mis ojos deslumbrados  
La puerta de marfil de los ensueños.  
Al conjuro feliz de tu elocuencia,  
Cual hermosa visión de azul y plata,  
Álzase nuestro pueblo delicioso  
Del fondo de mi espíritu exaltado.  
El Genil con sus ondas de zafiro;  
Las casas, que semejan palomares;  
El fértil ruedo; las floridas rejas  
Donde anida el amor; los frescos patios  
Con sus fuentes de mármol bullidoras;  
Las huertas con sus frutos y sus aves,  
Y la torre gentil del blanco templo,  
Cuya amarilla cúspide flamea  
Al sol, como pirámide de oro.....

Todo, animado, cruza ante mi vista.  
 ¡Pueblo fascinador, villa adorada,  
 Con qué placer tan íntimo recuerdo  
 Aquellas breves noches de verano  
 En que á la verde orilla de tu río  
 Poblado de rumores y de estrellas,  
 Y al compás de los trinos melodiosos  
 Del ruiseñor, nacieron mis amores!  
 ¿Cómo olvidar tus jiras y verbenas  
 —Ornadas de mujeres seductoras—  
 Donde el vino dorado resplandece  
 En las negras pupilas y en los cantos  
 De la lozana juventud gozosa!  
 ¿Cómo no recordar tus procesiones  
 Llenas de los matices del Oriente,  
 Con sus alegres músicas profanas,  
 Sus lujosas banderas, sus *romanos*  
 De oro y seda vestidos, sus piadosos  
 Vivas atronadores, sus saetas  
 Rebosando tristura, y sus efigies  
 —Aunque mal esculpidas, bien amadas—  
 Entre las cuales, con fulgor de aurora,  
 Se destaca el divino Nazareno,  
 Cuyas tiernas miradas celestiales  
 Á los áridos ojos llanto arrancan  
 Y al hombre más incrédulo conmueven!.....  
 ¡Oh, pueblo, donde vi la luz primera,  
 Patria del sol, del vino y de las rosas!  
 ¡Oh, cielo azul! ¡oh, rústicos paisajes,  
 Encanto de la ardiente fantasía!.....

Todos esos deleites y dulzuras,  
 La amable paz, los hábitos sencillos  
 De una vida sin odios ni combates,  
 Á abandonar, mi amigo, te decides  
 Por este mar airado y tenebroso.  
 ¡Ay! así me lo anuncias, y suplicas  
 Te pinte el cuadro que Madrid presenta.  
 —Siempre amé la verdad, y, pues lo quieres,  
 Te narraré con expresión amarga  
 Mis impresiones tétricas del día  
 Sobre este centro, donde todo es grande,  
 Excepto la virtud.

Madrid sonríe,  
 Ceñido el cuerpo de preciosas galas  
 Y bañada la faz en resplandores,  
 Como una bella ruborosa virgen  
 Que á desposarse va.—Yo su locura  
 Conozco, y su perfidia y su impudencia;  
 Pero en las de sus mágicos hechizos  
 Doradas redes caigo prisionero.

Y ¿cómo no, si su hermosura irradia  
 Con cegadora luz, y ostenta el cetro  
 Del arte, la política, la ciencia,  
 El lujo y el placer?.....—Madrid sonríe  
 En las serenas azuladas tardes  
 De la estación feliz. Arrebatado  
 Por tantos esplendores y atractivos,  
 Salíme ayer á disfrutar los goces  
 Que en rutilante copa nos ofrece

La tentadora capital. Las calles  
 Á la lumbre del sol resplandecían;  
 Y alegre, inmenso, bullidor gentío  
 Por ellas avanzaba presuroso  
 En una misma dirección.

—¿Adónde  
 —Me pregunté—de júbilo va henchida  
 Esta ruidosa y varia muchedumbre?  
 ¿Á celebrar acaso algún suceso,  
 Magnífico blasón de nuestra historia?  
 ¿Á coronar la frente de algún sabio  
 Insigne ó de un artista esclarecido?  
 ¿Á recibir tal vez á algún guerrero  
 Que á la patria salvó de extraño yugo?  
 —No; esa gran multitud iba ¡á los toros!  
 Como en la negra edad abominable  
 Que marcó con el rayo de su ira  
 El inclito y valiente Jovellanos.  
 Huyendo de tan tristes reflexiones,  
 Por remontar el ánimo á la altura,  
 Entré en el Parlamento.—¡El Parlamento!.....  
 ¿Quién no soñó con él? ¿Quién desde el fondo  
 De su provincia no entrevió esa cumbre  
 De truenos y centellas coronada?  
 ¿Quién el radiante verbo y la elocuencia  
 No admiró de las glorias tribunicias  
 Como un clarín sonoras, y brillantes  
 Como el cristal y el oro? ¿Quién no ha ansiado  
 Ser adalid ó espectador siquiera  
 De esas grandes batallas que se libran  
 En la candente arena del Congreso?.....

Á uno de esos combates encendidos  
 Asistí ayer; mas lejos de elevarse  
 Mi espíritu en el templo de las leyes,  
 Se abatió más y más para mi daño:  
 Que al ver tanta ambición, miseria tanta,  
 Tanta pasión innoble revestida  
 De solemnes palabras fulgurantes,  
 Muchos de aquellos bravos paladines  
 Me parecieron héroes de teatro  
 Con espadas, arneses y cimeras  
 De luciente cartón.

Grave y sombrío,  
 Solaz buscando y dulce esparcimiento,  
 Me refugié en el templo de Talía;  
 Mas ¡qué espantosa decepción!..... Las musas,  
 Las generosas musas inmortales  
 De Calderón, de Lope, de Moreto,  
 De Ayala y de Tamayo—las que un día,  
 De mirto y de laurel la frente orlada,  
 Llenaron nuestra escena con las voces  
 De sus liras de oro—esas deidades  
 Que al sacro nombre de la patria han dado  
 Fama eternal y el universo adora,  
 Arrojadas han sido del proscenio  
 Por el coro de impúdicas bacantes,  
 Cuya canción obscena y loca risa  
 El pueblo imbécil delirante aclama!  
 Cubierto de rubor y en ira ardiendo

Salí del espectáculo, y ansioso  
De encontrar algo ameno y deleitable  
Al alma por la angustia combatida,  
Fuí á un espléndido baile del gran mundo.

Los salones, poblados de hermosuras,  
Cual los brillantes lienzos del Ticiano,  
Torrentes de vivísimos fulgores

De músicas lascivas, como abrazo  
De meretriz, y más embriagadoras  
Que el néctar de Falerno, en torbellino  
Luminoso de blondas, seda y flores,  
Cien bellezas pasaban, con los hombros  
Y la espalda desnudos, la sonrisa  
De la pasión en la entreabierta boca,  
Y á las torpes miradas ofrecido,



Y ritmos y fragancias despedían.  
Todo era animación, placer y lujo  
En aquella morada suntuosa,  
Donde sus cascabeles resonantes  
La Locura agitaba. Á las cadencias

El seno de azucenas mal velado.  
Todas eran casadas, mas ¡ninguna  
Bailaba con su esposo!..... El adulterio,  
Triunfador y satánico, reía;  
Reía..... y sus siniestras carcajadas